

Mucho mas te quiero dare.—
Allí hablara Guarinos,
Bien oiréis lo que dirá:
—¡No lo mande Dios del cielo
Ni Santa María su Madre,
Que deje la fe de Cristo
Por la de Mahoma tomar,
Que esposa tengo en Francia,
Con ella entiendo casar!—
Marlotes con gran enojo
En cárceles lo manda echar;
Con esposas á las manos
Porque pierda el pelear;
El agua hasta la cinta
Porque pierda el cabalgar;
Siete quintales de fierro
Desde el hombro al calcañar.
En tres fiestas que hay en el año
Le mandaba justiciar;
La una Pascua de Mayo,
La otra por Navidad,
La otra Pascua de Flores,
Esta fiesta general.
Vanse dias, vienen dias,
Venido era el de Sant Juan,
Donde cristianos y moros
Hacen gran solemnidad.
Los cristianos echan juncia,
Y los moros arrayan;
Los judios echan neas
Por la fiesta mas honrar.
Marlotes con alegría
Un tablado mandó armar,
Ni mas chico ni mas grande,
Que al cielo quiere llegar.
Los moros con alegría
Empiezan de le tirar:
Tira el uno, tira el otro,
No llegan á la metad.
Marlotes con enoña
Un pregon mandara dar,
Que los chicos no mamasen,
Ni los grandes coman pan,
Hasta que aquel tablado
En tierra haya de estar.
Oyó el estruendo Guarinos
En las cárceles do está:
—¡Oh válasme Dios del cielo
Y Santa María su Madre!
O casan hija del Rey,
O la quieren desposar,
O era venido el día
Que me quieren justiciar.—
Oídolo ha el carcelero
Que cerca se fué á hallar:
—No casan hija de Rey,
Ni la quieren desposar,
Ni es venida la Pascua
Que te suelen azotar;
Mas era venido un día,
El cual llaman de Sant Juan,
Cuándo los que están contentos
Con placer comen su pan.
Marlotes de gran placer
Un tablado mandó armar;
El altura que tenía
Al cielo quiere llegar.
Hanle tirado los moros,
No le pueden derribar;
Marlotes de enojado
Un pregon mandara dar,
Que ninguno no comiese
Hasta habello derribar.—
Allí respondió Guarinos,
Bien oiréis qué fué á hablar
—Si vos me dais mi caballo,
En que solia cabalgar,
Y me diésedes mis armas,
Las que yo solia armar,

Y me diésedes mi lanza,
La que solia llevar,
Aquellos tablados altos
Yo los entiendo derribar,
Y si no los derribase
Que me mandasen matar.—
El carcelero qu'esto oyera
Comenzó de hablar:
—¡Siete años habia, siete
Que estás en este lugar,
Que no siento hombre del mundo
Que un año pudiese estar,
Y aun dices que tienes fuerzas
Para el tablado derribar!
Mas espera tú, Guarinos,
Que yo lo iré á contar
A Marlotes el infante
Por ver lo que me dirá.—
Ya se parte el carcelero,
Ya se parte, ya se va;
Siendo cerca del tablado
A Marlotes hablado ha:
—Una nueva vos traia,
Querásmela escuchar:
Sabed que aquel prisionero
Aquesto dicho me ha:
Que si le diesen su caballo,
El que solia cabalgar,
Y le diesen las sus armas,
Que él se solia armar,
Que aquestos tablados altos
El los entiendo derribar.—
Marlotes de qu'esto oyera
De allí lo mandó sacar;
Por mirar si en caballo
El podría cabalgar,
Mandó buscar su caballo,
Y mandáraselo dar,
Que siete años son pasados
Que andaba llevando cal.
Armáronlo de sus armas,
Que bien mohosas están.
Marlotes desque lo vido
Con reir y con burlar
Dice que vaya al tablado
Y lo quiera derribar.
Guarinos con grande furia
Un encuentro le fué á dar,
Que mas de la mitad dél
En el suelo lo fué á echar.
Los moros de qu'esto vieron
Todos le quieren matar;
Guarinos como esforzado
Comenzó de pelear
Con los moros, que eran tantos,
Que el sol querian quitar.
Peleara de tal suerte
Que él se hubo de soltar,
Y se fuera á la su tierra
A Francia la natural:
Grandes honras le hicieron
Cuándo le vieron llegar.

(Cancionero de Romances.—It. Aquí comienza un romance del conde Guarinos. Pliego suelto.)

¹ Los primeros versos de este romance han quedado como proverbiales, y son tan populares, que Depping los supone traducidos en ruso y cantados por los paisanos de Siberia. Por lo demás, toda la composición tiene el carácter de primitiva, y de ser de aquellas que conservó la tradición mas ó ménos alteradas.

² Entre los de Bernardo del Carpio, hay también algunos que tratan de esta batalla y de la muerte de Roldán con los doce Pares.

Mala la hubisteis, franceses,
En esa de Roncesvalles.

Así pone estos dos versos Cervantes en la parte 2.^a, cap. ix del *Quijote*. Sin duda se modernizó la lección del romance antiguo.

³ Desde aquí es imitación ó modelo del episodio ó situa-

ción de una novela caballerisca del siglo xiv, en la cual Urgel Danes, fundador de la casa de Maguncia, fué preso y maltratado por Carlo-Magno, quien después de mucho tiempo, necesitando de él, le libró, y venció por su medio á sus enemigos. El noble y valiente caballo del paladin sufrió también la desgracia de su dueño; porque entregado á unos monjes, le de-

dicaron á sacar escorbros y estiércol, dándole poco de comer. En fin, ya libre Urgel, y no hallando caballo que pudiese sostener sus gigantescos miembros, se acordaron de que existía el suyo, y le sacaron de su purgatorio, tornando con pánico á todos, á pesar de su flaqueza y laceria, á servir á su amo.

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS CUYOS ASUNTOS ESTAN TOMADOS DE NOVELAS Ó DE POEMAS ITALIANOS.

403.

CERVINO MORIBUNDO.
(Anónimo¹.)

Muerte, si te das tal priesa
En llevarme á mi Cervino
Por dar á entender al mundo
Tu supremo poderio,
¡No has buscado buen ejemplo,
Pues queda en su fama vivo,
Donde tu fiera guadaña
Probará en vano sus filos!
Y si pretendes mostrar
Que es amor, cual dicen, niño,
Y que el deshacer sus obras
Pende de solo tu arbitrio,
¡Mira que en las almas mora,
Y estas tú no las has visto!
Si piensas que ha de quedar
La que me queda conmigo,
Seguiréle al alto cielo,
Seguiréle al hondo abismo,
Y hará iguales nuestras vidas
Esta mano y un cuchillo;
Que si propuse morir
Por guardar mi cuerpo limpio,
Cuándo le quiso violar
El infame vizcaíno,
No con ménos voluntad
Que por la mar le he seguido
Le seguiré por las aguas
Del horrible lago Stigio.—
Cervin recogió el aliento
En los labios casi frios,
Y apenas la voz formando
Estas palabras le dijo:
—¡Oh castísima Isabela
En cuya viudez confío
Hacer mayor resistencia,
Que con mi fama al olvido!
Mas precioso es el dolor
Que cabe dentro del juicio,
Que el que sus límites rompe
Y llega á ser desvario.
Vivid, señora, vivid
Lo que Dios fuere servido,
Y no muera yo dos veces,
Si en vos, como decís, vivo.
Reserváos para suplir
Las faltas que yo he tenido,
Y no dejéis á otras manos
Este religioso oficio.
No pido yo sepultura,
Que escurezca las de Egipto
Para mis huesos, que presto
Serán polvos, y no míos;
Un templo para mi nombre
Dentro en vuestro pecho pido,
Y no se diga: *aquí yace*,
Sino: *aquí vive Cervino*.

(Romancero general.)

¹ Asunto tomado de uno de los mas tiernos episodios del *Orlando furioso* de Ariosto.

404.

OLIMPIA Y VIRENO.—I.
(Anónimo¹.)

De su querido Vireno
Ingratamente olvidada
La bella Olimpia se queja
Con mil suspiros del alma:
Y viendo cómo se parte
Rompiendo las raudas aguas,
A vueltas de los suspiros
Le dijo aquestas palabras:
—¡Aguarda, dulce enemigo!
¡No te apresures, aguarda!
¡Oye una mujer, siquiera
Por ser mujer, que esto basta!
¡Qué te he hecho que me a borreces?
Si es porque mi pecho te ama,
No tienes razon en eso,
Que amor con amor se paga.
Pero ya que no me quieres,
Escucha mis tristes ansias;
¡Mas, mal escucharme puede
Una piedra dura, helada!
Oye mis quejas, que al cielo
Y aqueste universal mapa
Pongo por fieles testigos
Para defender mi causa;
Mas ya que te muestras sordo,
Ellos oirán mis desgracias,
Si ya no están conjurados
Contra mí, á quien mas no falta.
Sol, que desde el cuarto mobile
Muestras alegre tu cara
Alumbrando el orbe todo
Y haciendo crecer sus plantas;
Luna, que á la noche oscura
Con tus rayos vuelves clara;
Estrellas, que todo el cielo
Bordais de flores de plata;
Tierra, de los hombres madre,
De las mujeres madrastra,
Que no es mucho pues las crias
Tan tristes y desgraciadas:
Cielos, estrellas, sol, luna,
Elementos, piedras, plantas,
Rios, vientos, prados, flores,
Con las mas cosas criadas,
«Mirad una desdichada
»Que ama aborrecida ¡ay tal desgracia!
»Veréis, si me mirais, en mí un retrato
»De una mujer que adora un hombre ingrato.»
Mujeres, que ya en el mundo
Lograis vuestras esperanzas
Casadas con gusto vuestro,
Y no como yo casadas;
Viudas, que el marido muerto,
Gozáis de libertad tanta,
Aguardando ya otras bodas
Por dejar las tocas largas;
Doncellas, que sois servidas
De mil galaes que os aman,
Pasando la juventud

En fiestas y en esperanzas;
Amadas, si hay en el mundo
Algunas que sean amadas,
Que como las aman hombres
No serán sino engañadas;
Aborrecidas, si algunas
Hay, ¡pero bien habrá hartas,
Que es condicion de los hombres
Poner en su amor mudanza!
Ricas, las que de tesoros
Gozais, y con vuestras galas,
Como los prados con flores,
Alegrais la tierra varia;
Hermosas, á quien el cielo
Ha dotado de mil gracias,
Dándoos cristal en los pechos,
Y en las mejillas el nácar;
Feas, que siendo graciosas
Sois libres de las aljabas
Del niño ciego Cupido,
Aunque no tan desdenadas;
Viudas, casadas, doncellas,
Aborrecidas y amadas,
Ricas, pobres, feas, hermosas,
Nobles, humildes y bajas,
«Mirad una desdichada
Que ama aborrecida ¡ay tal desgracia!
Veréis, si me mirais, en mí un retrato
De una mujer que adora un hombre ingrato.»

(Romancero general.)

⁴ El episodio de *Orlando furioso*, en que bajo los nombres de Olimpia y Vireno imitó Ariosto la fábula griega de Ariadna y Teseo, ha servido de asunto á este romance y al que le sigue.

405.

OLIMPIA Y VIRENO.
(Anónimo ¹.)

Subida en un alta roca
Donde bate el mar insano,
Del engañador Vireno,
Olimpia se queja en vano.
¡Traidor, tirano!
Hiere con golpes crueles
Aquel rostro soberano,
Mordiéndolo sus manos bellas
Cual de rabia herido alano.
¡Traidor, tirano!
Dale mil voces, diciendo:
—Vuelve, no huyas, villano,
De quien por ganarte á tí
Perdió á su madre y hermano.
¡Traidor, tirano!
Hiciste un hecho en amarme
De caballero lozano,
Y agora, en dejarme sola
Haces hecho de villano.
¡Traidor, tirano!
¿Por qué no te despedias,
Corazon de tigre hircano,
Ya que no por amador,
Siquiera por cortesano?
¡Traidor, tirano!
En dejarme aquí burlada
Vas muy contento y ufano;
Mas acuérdate que puse
Tu vida y honra en mi mano,
¡Traidor, tirano!
En llevarme, ¿qué perdias?
En dejarme, ¿qué has ganado,
Sino que me coma luego
Algun leon mas cercano?
¡Traidor, tirano!
Cogiste de mi jardín
La flor, siendo tú hortelano,

¡Mira con cuántos deleites
Gozaste de este verano!

¡Traidor, tirano!
¡Oh mar, que sufres las velas
Del mas ingrato y tirano!
Haz que los contrarios vientos
Vuelvan la nave á este llano.

¡Traidor, tirano!
Vuelve, Vireno, no tengas
Corazon tan inhumano;
Mas el darme aquí la muerte
Será remedio mas sano:

¡Traidor, tirano!

(Romancero general. — It. *Flor de nuevos y varios Romances*, 2.^a parte.)⁴ Véase la nota del anterior.

406.

ANGÉLICA Y RUGERO.

(Anónimo ¹.)

En una desierta isla,
Tendida en la fria arena,
A un duro tronco amarrada
Está Angélica la bella.
Unos corsarios la tienen
Para manjar de una fiera,
Que habita en el mar furioso,
Y tiene el sustento en tierra,
Y solo de carne humana
Su fiero cuerpo sustenta;
Cuando el valiente Rugero
Por aquella parte allega,
El cual como así la vido
No sabe si duerme ó sueña.
Que está atonito de ver
Tan acabada belleza.
Estándola así mirando
Un ruido grande suena,
Y es que la bestia marina
Viene á comer la doncella.
Rugero trae un escudo
Obrado por tal manera,
Que quitándole un cendal
Su gran luz la vista ciega:
Y porque su claridad
A la doncella no empezca,
Sacó un anillo encantado
De extraña virtud y fuerza,
Que ningun encantamiento
No le daña á quien le lleva.
Púsosele así al momento
En la mano blanca y bella,
Y habiéndola desatado
Del tronco donde está puesta,
Se apercibe á la batalla
Con la temerosa fiera.
Angélica reconoce
Que el anillo que la diera
Era suyo, y le fué hurtado
Por un ladron en su tierra;
Y como la que bien sabe
Su extraña virtud y fuerza,
Mudó al momento el anillo
Del dedo á la boca bella,
Y luego desaparece
Como á la boca le llega,
Y así se va por el campo
Sin que Rugero la vea.
El saliendo con victoria
De aquella lid tan sangrienta,
Se vuelve muy descuidado
A buscar la dama bella
Y como reconoció
El engaño en que cayera,
A lamentar de su suerte

Comienza d'esta manera:
—Ingrata dama, de traicion dechado,
Que pagas con engaño manifiesto
El favor que rendido te he prestado,
Robando el rico anillo; lleva el resto,
Lleva el escudo y el caballo alado,
Llévame á mí tambien; pero tras esto
Muestrala hermosa faz que aquí me escondes,
¡Ingrata, que oyes dura, y no respondes!

(Romancero general.)

⁴ Igualmente es asunto tomado del *Orlando furioso*.

407.

SACRIPANTE Y ANGÉLICA.

(De Lucas Rodriguez ¹.)

Por una triste espesura,
En un monte muy subido,
Vi venir un caballero
De polvo y sangre teñido,
Dando muy crueles voces
Y con llanto dolorido.
Con lágrimas riega el suelo
Por lo que le ha sucedido;
Que le quitaron á Angélica
En un campo muy florido
Dos caballeros cristianos,
Que en rastro dél han venido
Y viéndose ya privado
Del contento que ha tenido,
Sin su Angélica y su bien
Va loco por el camino.
Desmayado marcha el moro
Con diez lanzadas herido,
Pero no se espanta d'eso,
Ni se daba por vencido;
Que en llegando á una verdura
Del caballo ha descendido
Para atarse las heridas,
Que mucha sangre ha perdido,
Y con el dolor que siente
En el suelo se ha tendido,
Y con voces dolorosas,
Triste, ansioso y afligido,
Maldecia su ventura,
Y el dia en que habia nacido,
Pues no se podia vengar
D'este mal que le ha venido.
Estando en esta congoja,
El gesto descolorido,
Dando suspiros al aire,
El alma se le ha salido.

(Rodriguez, *Romancero historiado*.)⁴ La muerte de Sacripante tambien es asunto del *Orlando furioso*.

408.

ANGÉLICA Y MEDORO.—

(Anónimo ¹.)

Envuelto en su roja sangre
Medoro está desmayado;
Que el enemigo furioso
Por muerto le habia dejado,
Y el ser leal á su Rey
Le ha traído á tal estado.
Los ojos vueltos al cielo,
Y el cuerpo todo temblando,
De color pálido el rostro,
Y el corazon traspasado,
Lleno de heridas mortales
Por un lado y otro lado;
Pero al fin con flaco aliento
Y el espíritu cansado,
Dijo:—Rey y señor mio,

Perdona que no te he dado
La sepultura debida
A cuerpo tan esforzado;
Mas yo muero por cumplir
Con lo que estaba obligado.
De mi muerte no me pesa,
Pues lo permitió mi hado:
Pésame de no acabar
Lo que habia comenzado,
Y de ver que no ha podido
Estando tan obligado,
Cumplirse este deseo,
Pues muriera consolado.
De todo perdona, Rey;
Que pues no quiso mi hado
Que estuviera á tus obsequias,
Bien es muera desgraciado.—
Y estando en esta congoja,
Angélica que ha llegado,
Que por caminos y sendas
Huyendo andaba de Orlando,
Reparó viendo á Medoro,
Y el cuello y rostro mirando,
Sintió un no sé qué en el pecho,
Que el corazon le ha robado,
Y así el corazon mas duro
De los que el cielo ha criado
Está rendido y medroso,
Vencido y enamorado,
Y con esta novedad
Se siente todo abrasado.

(Romancero general.)

⁴ Del *Orlando furioso*.

409.

ANGÉLICA Y MEDORO.— II.

(De Lucas Rodriguez ¹.)

Sobre la desierta arena
Medoro triste yacia,
Su cuerpo en sangre bañado
La cara toda teñida,
Con tristes ansias diciendo:
—¡Grande ha sido mi desdicha!
¡Por ser leal á mi Rey
Pierdo cuitado la vida!
No me pesa tanto d'esto,
Que muy bien está perdida,
Como de ver que he quedado
Muerto en esta arena fria.
Aunque me coman las fieras
En esta sola campiña,
No habrá quien de mí se duela,
Ni me tenga compañía.
Sintiéronme los cristianos,
Y lo pagó el alma mia.
¡Oh si quisiese ya Febo
Alumbrarme estas heridas!—
Y hablando tristemente
Con las ansias que sentia,
Vido á Angélica la bella
Que de su amor se rendia;
Y como vió á su Medoro
Tendido en la verde orilla,
Movida de compasion
Para él derecha se iba,
Y del palafren se apea;
D'esta manera decia:
—No temas, buen caballero,
Pues pareces de alta guisa;
Que á los casos de fortuna
El valor los resistia.—
Por el campo anda buscando
Si halla alguna medicina:
Las yerbas que son mejores
Entre las piedras molia.
Ya se las pone al Infante

En las mayores heridas ;
Si el moro tiene dolor
Ella no tiene alegría.
Mirando estaba á Medoro,
Que mas que á sí lo quería ;
Súbelo en su palafren
Y Angélica á pié camina ;
Sin sentir jamas cansancio
Con su Medoro se iba,
Triunfando con gran contento,
De todo el reino de Hungría.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

Asunto tomado del *Orlando furioso*.

410.

ANGÉLICA Y MEDORO. — III.

(Anónimo.)

Regalando el tierno vello,
De la boca de Medoro,
La bella Angélica estaba
Sentada al tronco de un olmo.
Los bellos ojos le mira
Con los suyos piadosos,
Y con sus hermosos labios
Mide sus labios hermosos.
« ¡ Ay moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso ! »
Convaleciente del cuerpo
Estaba el dichoso moro,
Y tan enfermo del alma
Que al cielo pide socorro.
Enternecida á las quejas
Angélica de Medoro,
Le cura con propia mano
Y queda sano del todo
« ¡ Ay moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso ! »
A las quejas y dulzuras
Que los dos se dicen solos,
Descubriéndolos el eco
Orlando llegó furioso ;
Y viendo á su hiedra asida
Del mas despreciado tronco,
Pone mano á Durindana
Lleno de celos y enojo.
« ¡ Ay moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso ! »

(*Romancero general*.)

411.

ANGÉLICA Y MEDORO. VI.

(De Don Luis de Góngora.)

En un pastoral albergue,
Que la guerra entre unos robles
Lo dejó por escondido,
O lo perdonó por pobre ;
Do la paz viste pellico
Y conduce entre pastores,
Ovejas del monte al llano
Y cabras del llano al monte ;
Mal herido, y bien curado
Se alberga un dichoso jóven,
Que sin clavarle Amor flechas
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche
Le balló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,
No porque al moro conoce,
Sino por ver que la yerba,
Tanta sangre paga en flores.

Límpiale el rostro, y la mano
Siente al Amor que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.
Escondióse tras las rosas,
Porque labren sus arpones
El diamante de Catay
Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra, sin ver por donde,
Una piedad mal nacida
Entre dulces escorpiones.
Ya es herido el pedernal,
Ya despide al primer golpe
Centellas de una piedad
Hija de padres traidores.
Yerba le aplica á las llagas,
Que si no sanan entónces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas,
¡ Los rayos del sol perdonen !
Los últimos fúidos daba,
Cuando el cielo la socorre
De un villano, en una yegua
Que iba penetrando el bosque.
Enfrénale de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven
Y las sordas piedras oyen ;
Y la que mejor se halla

En las selvas, que en la corte,
Simple bondad, al pio ruego
Cortesmente corresponde.
Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone
Un cuerpo casi sin alma ;
Pero con dos corazones.
A su cabaña los guía,
Que el sol deja el horizonte,
Y el humo de su cabaña
Les va sirviendo de norte.
Llegaron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego
Do el garzon sus dichas logre.
Las manos pues cuyos dedos
D'esta vida fuéron dioses
Restituyen á Medoro

Salud nueva, fuerzas dobles,
Y le entregan, cuando ménos,
Su beldad y un reino en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adonis.
Corona un lascivo enjambre
De cupidillos menores
La choza, bien como abejas
Hueco tronco de alcornoque.
¡ Qué de fúidos le está dando
A un áspid la vida torpe,
Contando de las palomas
Los arrullos gemidores !
¡ Qué bien la destierra Amor
Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame
Y el lugar no se inficione.
Todo es gala el Africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfanje depone :
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores
Y los volantes de Vénus

Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin orden,
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
El pié calza en lazos de oro
Porque la nieve se goce,
Y no se vaya por piés
La hermosura del orbe.
Todo sirve á los amantes ;
Plumas les baten veloces
Airecillos lisonjeros,
Si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruseñores :
Los troncos les dan cortezas
En que se guarden sus nombres,
Mejor que en tablas de mármol,
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra
Ni blanco chopo sin mote ;
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.
Cuevas do el silencio apénas
Deja que las sombras moren,
Profanan con sus abrazos
A pesar de sus horrores.
¡ Choza pues, tálamo y lecho
Contestes d'estos amores
El cielo os guarde si puede
De las locuras del Conde !

(GÓNGORA, *Obras de*.)

¡ Fuera de algunas imperfecciones propias de la manía de Góngora, es este en mi opinion el mejor romance de la buena época de nuestra poesia.—Tambien el *Orlando furioso* ha dado asunto á esta composicion, donde el imitador compite con el original.

412.

ANGÉLICA Y MEDORO. — V.

(Anónimo.)

Las heridas que á Medoro
Dejaron del todo sano
A pesar de Sacripante
De Agrican y de Reinaldos,
Cura Angélica la bella
Con sus angélicas manos,
Buenas para matar vidas,
Y para sanar llagados.
Mientras cura el mal ajeno
Va creciendo el propio daño :
Consuelo busca al herido
Faltándole á su cuidado,
Y olvidada de quien era
Mas que del Conde encantado,
Dice al nuevo prisionero
Teniéndole en su regazo :
—Diferentes llagas són,
Medoro, las que hay en mí :
Unas te llagan á tí,
Y otras á mi corazón.
Tu daño descubresé,
Y así puede remediarse,
Mas al mio no hay curarse,
Porque duele y no se ve.—
Vuelve los ojos el moro,
Ya de ofendido esforzado,
Para agradecer la cura
Y sacarla de cuidado ;
Que aunque el médico fué tal,
Fué la cura, sobresano,
Pues tan presto descubrió
Con esta razon su daño.
—Heridas del cuerpo fuéron

Las que, Angélica, curaste,
Mas apénas las miraste
Cuando del alma se hicieron.
¡ Mira qué tal he quedado,
Pues cuando mi mal senti
Herido vivo me vi,
Y agora muerto, curado !

(*Romancero general*.)

Asunto tomado del *Orlando furioso*.

413.

ANGÉLICA Y MEDORO. — VI.

(Anónimo.)

Con aquellas blancas manos
Que quitaron tantas vidas,
Curando Angélica estaba
De Medoro las heridas.
Deteniéndole está el alma ;
Que hasta la muerte enemiga
Respetas las blancas manos,
Y sus milagros admiran.
El moro la está mirando
Con su enternecida vista,
Y regalando la voz
Así le dice y suspira :
« ¡ Ay, dulce vida mia,
Deten el alma que á salir porfia ! »
Si escribí tu amado nombre
En estas cortezas lisas
D'estos árboles, testigos
De tus glorias y las mias,
Agora que está mi sangre
Sobre mi pecho vertida,
Imprime como en diamante
Letras en el alma escritas.
Mira bien cómo las tratas,
Que si por Medoro olvidas
Tantos Rugeros y Orlandos,
Muerto yo, tú te confirmas :
« ¡ Ay, vida dulce mia,
Deten el alma que á salir porfia ! »

(*Códice del siglo XVI*.)

Asunto tomado del *Orlando furioso*.

414.

LOCURA DE ROLDAN. — I.

(Anónimo.)

Entre los dulces testigos
De la gloria de Medoro,
Fuentes, árboles, jazmines,
De las ninfas bello coro
Donde el moro bienandante
Gozó del dulce tesoro
De aquella bella hermosura
Enlazada en lazos de oro,
Está el valeroso Orlando
Vuelto una fuente de lloro,
Diciendo entre mil suspiros :
¡ Ay felicísimo moro !
Dícele : — Fiero enemigo,
¡ Qué es del sol por quien yo lloro ?
¡ Agora gozas la lumbre
Por quien en tinieblas moro !
Pues tienes rendida el alma
De aquella á quien yo adoro,
Yo te sacaré la tuya,
Si de este estado mejoro.
Bien sé que con tal venganza
El sér de Orlando desdoro ;
Pero el amor me disculpa,
Que á nadie guarda el decoro. —
Luego con rabiosa basca

Bramando cual bravo toro
Se embravece contra sí
Aumentando mas su lloro.

(Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

4 También está tomado del Orlando furioso.

415.

LOCURA DE ROLDAN. — II.

(Anónimo 1.)

«Aquí gozaba Medoro
De su bella deseada,
A pesar del Paladino
Y de los moros de España:
Aquí sus hermosos brazos,
Como hiedra que se enlaza,
Ciñeron su cuello y pecho
Haciendo un cuerpo dos almas.»
Estas palabras de fuego,
Escritas con una daga
En el mármol de una puerta,
El conde Orlando miraba.
Y apenas leyó el renglón
De las postreras palabras,
Cuando con voces de loco
Echó mano á Durindana,
Y dando sobre las letras
Una y otra cuchillada,
Con el encantado acero
Piedras y centellas saltan;
Que de palabras de amor,
No solamente en las almas,
Que en las piedras entra el fuego
Y d'ellas sale la llama.
La columna deja entera,
Como lo está su esperanza,
Que confiesa ser mas firme
Que no el valor de sus armas.
Entrando la casa adentro
Vió pintada en una cuadro
La amarilla y fiera muerte,
Que á los pies de un niño estaba.
Conoció que era el Amor
En las flechas y el aljaba,
Y unas letras que salían
De las manos de una dama.
Lo que decían repite
Como quien no entiende nada;
Que en males que vienen ciertos
Es gloria engañar el alma.
Las letras dicen: «Medoro,
El grande amor de tu esclava
Ha de vencer á la muerte,
Que muerto vive quien ama.»
No tiene el Conde paciencia,
Que alborotando la sala
Despedaza cuanto mira:
De amor injusta venganza!
Lo que dice y lo que siente
Entiéndalo quien bien ama,
Si sabe el mal que son celos,
Que llaman muerte de rabia.

(Romancero general.)

4 Del Orlando furioso.

416.

LOCURA DE ROLDAN. — III.

(De Lucas Rodriguez 4.)

Suspense y embravecido,
Con celoso sobresalto,
El fiero conde de Brava,
Tristemente se ha hallado
En un prado y sitio umbroso,

Al grueso tronco de un árbol,
Porque vido en la corteza
Todo su mal estampado,
De cuya triste escultura
Aquesto entendió el cuidado.
«Medoro, el mas venturoso
Que entre los hombres se ha hallado,
De Angélica dulce y bella
Donde el cielo se ha extremado,
Reina de la hermosura,
Princesa del gran Catayo,
Con mil amorosos ñudos
Alegremente enlazados,
Sin sobresalto y seguro
A mi placer he gozado.
Yo solo he cogido el fruto
Que á tantos les fué negado,
Y de misero escudero,
Me dió el amor tal estado.
Prados, plantas, yerbas, flores,
Goza de mi alegre hado:
Y tú, que aquesto leyeres,
Alégrate en mi cuidado;
Que aquí lo dejo en memoria
Para todo enamorado.»
De sudor se cubre el Conde,
Los huesos le están temblando;
Dudoso, confuso y triste
Vuelve la rienda al caballo.
— Otra, dice, será aquesta,
Y no la que voy buscando;
Y si es ella, yo soy, cierto,
Su Medoro afortunado;
Que aqueste nombre me ha puesto
Como á dulce enamorado.—
Y así del bosque se aleja,
Y acércase á lo poblado.
En una casa se alberga
De un guardador de ganado;
Sin cenar se acuesta el Conde,
De grave dolor cercado.
Poco reposo ha tenido
Porque el huésped le ha informado,
Que Angélica y su Medoro
En la cama do está echado
Gozaron de sus amores,
Habiéndose allí casado.
Un brazalete le muestra,
Que por paga le han dejado.
Conoce Orlando las señas,
Y como hombre endemoniado,
Salta huyendo del lecho;
En un momento fué armado.
Maldiciendo sale al huésped,
Y maldiciendo su hado,
A la espesura se torna:
Derecho se viene al árbol,
Y con un ansia rabiosa
A Durindana ha sacado,
Y adonde está la escritura
Encamina el fuerte brazo.
Hiende, corta, raja y parte:
En mil piezas lo ha tornado:
Los ojos pone en el cielo,
Y en Angélica el cuidado.
— ¡Ay ingrata! el Conde dice,
¡Ay amor mal empleado!
¿Estas eran las promesas?
¿Este el amor dulce y blando?
¡Acordáste, cruel,
Cuántas cosas me has mandado,
Y á cuántos graves peligros
Por tí me he determinado!
¿Cuántos extraños hechos
Por tí ejecuté mi brazo!
¿Por qué, traidora, has querido
Que muera desesperado?—
Y tan grave dolor siente
En estas cosas pensando,

Que sin sentimiento alguno
Se arroja en el verde prado.
Torna en sí despavorido,
De seso y razon privado:
De su caballo se ajena
¡Ved quién deja tal caballo!
Aquí va dejando el yelmo,
Allí el arnes va dejando,
También deja á Durindana,
La que quiere Mandricardo,
Que la escogiera Cervino
Para que le cueste caro.
No pára el cuidado en esto,
Que al punto se ha despojado
De vestido y de razon,
Que es gran compasión mirallo:
Y tan furioso se muestra,
Que ¡ay de aquel que le ha encontrado!
A cuantos topa da muerte,
Todo lo va destrozando.
Niños, mancebos y viejos,
A nadie no ha perdonado.
No pára en la casa el dueño,
Ni pastor en su ganado:
Si no se topa con gente
Las bestias hace pedazos:
Cuando no pára en la tierra,
Por la mar entra nadando.
Al sol, al aire y al frio
Curtido y disfigurado,
Sin comer, pobre y desnudo,
Anda el triste conde Orlando,
Hasta que su primo Astolfo
El seso le haya tornado.
¡Mirad los hechos de amor!
¡Libreos Dios de tal cuidado!

(RODRIGUEZ, Romancero historiado.)

4 Del Orlando furioso.

417.

DORALICE ABANDONA Á RODAMONTE CON QUIEN ERA DESPO-
SADA, Y ESCOGE Á MANDRICARDO.

(Anónimo 1.)

Con soberbia y gran orgullo,
Que todo el mundo espantaba,
Saliérase Rodamante,
Ese bravo Rey de Zarza:
Rey de Zarza y de Argel era,
Que por tal se intitulaba,
En busca de Mandricardo,
Aquese rey de Tartaria,
Que se lleva á Doralice,
Hija del rey de Granada.
Quitóla á cien caballeros
Que la tenían en guarda.
Á pié va, que no á caballo,
Bien armado, y sin espada;
Solo va con un baston
Que de un árbol desgajara.
¡Tan feroz y tan sañudo,
Tan sin tiento caminaba,
Que no hay oso ni leon
Que mirar le ose en la cara!
Por una muy alta sierra
Al bajar de una montaña
Vido estar á Mandricardo
En regazo de su dama,
Que le enjugaba el sudor
Y la cara le limpiaba.
Doralice que le vido,
Allí habló con voz turbada:
— ¡Triste de mí, Mandricardo!
¡Amarga de mí, cuidada!
Veo venir á Rodamonte
A quien yo le dí palabra

T. X.

Para casarme con él,
Y por vos la quebrantara.
Defendedme, mi señor,
Solo que con él no vaya.—
Mandricardo que esto oyera,
El yelmo luego abajara:
Vase para Rodamonte
Que en el campo le aguardaba.
Ya traban los dos guerreros
Entre ellos cruda batalla.
Por allí pasara un moro
Que Ferragut se llamaba.
— ¿Qu'es aquesto, caballeros?
¿Para qué es rifa tan brava?—
Respondiera Doralice,
D'esta suerte proposara:
— De aquesta batalla, el moro,
Yo soy la principal causa,
Porque escogí á Mandricardo,
Y á Rodamonte dejara.—
Ferragut aquesto oyendo
Concertarlos procuraba.
Sosegados que los tuvo
D'esta suerte les hablaba.
— Paréceme, caballeros,
Que entendida vuestra saña
No queráis con tanto esfuerzo
Morir por cosa tan baja;
Y señale Doralice
De los dos cuál mas amaba.—
Rodamonte y Mandricardo
Se contentan, pues pensaba
Cada cual ser escogido
De la que presente estaba.
Rodamonte en este caso
De la dama confiaba,
Por los pasados servicios
Que por ella hizo en Granada,
Y á mas que de ser su esposa
Le habia dado palabra.
Mandricardo, muy mejor
En ella se aseguraba,
Porque por él era dueña,
Y su hermosura gozara.
Doralice sin vergüenza
De esta suerte sentenciara:
— Yo desecho á Rodamonte,
Y á Mandricardo me daba,
Porque obras son amores,
De palabras no curaba.—
En oírlo Rodamonte
De Mahoma blasfemaba,
Porque de cuantas ha amado
A él ninguna le amara,
Y empezó de discantar
Lo que en Doralice hallaba.
— ¡Oh ingenio femenino!
¡Fuerza sin fuerza ganada!
Sin fe, sin ley, variable,
Mas hueca que no la caña!
¡Importuna, soberbiosa,
Pestilencia no curada,
Desleal, ingrata, cruel,
Falsedad jamas pensada,
Discipula del demonio,
Amicicia solapada,
En fin, maldad de maldades,
Vista y lengua emponzoñada!

(TIMONEDA, Rosa gentil. — It. VOLF, Rosa de Romances.)

4 El asunto está tomado del canto 27 del Orlando furioso de Ariosto. Se omite el romance de Lucas Rodriguez, que empieza: Con soberbia muy crecida, inserto en su Romancero historiado, porque este aquí puesto es una reproducción hasta de los mismos versos de aquel; pero está mas largo y extenso.

5 Es decir: porque por él habia dejado de ser doncella.

6 Este lance, acaecido á Rodamonte con Doralice, dió margen á que el Ariosto le hiciese contar el sabroso cuento que despues La-Fontaine, excediendo al original, compuso: donde

Astolfo y su favorito Jocundo experimentan lo poco que hay que fiar de la fidelidad de las mujeres.—También este mismo hecho origina la prueba de la copa encantada con que Rodamonte brindó á Reinaldos, para que se cerciorase de la virtud de su esposa Claricia, á lo cual se negó Reinaldos cuerdamente.

418.

RODAMONTE CELOSO Y DESPECHADO.

(De Lucas Rodriguez¹.)

De sus dioses blasfemando
El moro Zarza salia
Mal contento y enojado
De aquella sentencia esquivada,
Que Doralice le ha dado
Delante el Rey aquel dia.
Va como toro furioso
Cuando la vaca perdía,
Que á todas partes bramando
Lo lleva el mal que sentía.
Por los lugares que pasa
Con suspiros se encendía;
El aire, la tierra y cielo,
El eco le respondía
Provocando á compasion
De la que el moro traía.
De Doralice se queja
Y estas palabras decía:
—Femenil ingenio flaco,
¿Cómo vuelves cada dia
Tu fe, tu palabra y ley
Que de antes me ofrecías?
La causa de sentenciar
Contra mí, como enemiga,
No fué porque Mandricardo
Entiendas que mas valía,
Sino solo en ser mujer,
Que á mudanza te convidaba.
¿Por qué la naturaleza,
Si ella es justa, permitía
Que de tí el hombre naciese
Para ser engrandecida?
No de tenerle por hijo
Recibas tanta alegría,
Pues que la fragante rosa
Suele salir de la espina,
Y entre yerbas no olorosas
Fragante lirio se cria.
Sois importunas, crueles,
Faltas de sabiduría,
Inicuas, falsas, ingratas,
Por quien el bien se desvía:
Sois un género en el mundo
De pestilencia escondida.—
Estas palabras diciendo
El moro sigue su via,
Y una voz de lejos oye
Que d'este modo decía:
—Rodamonte valeroso,
Flor de la caballería,
No digas mal de mujeres,
Pues en ellas no cabía.—
El moro desque esto oyera
Del dicho se arrepentía.

(Rodriguez, Romancero historiado.)

¹ Del Orlando furioso.

419.

DISCORDIA DEL CAMPO DE AGRAMANTE.

(De Lucas Rodriguez¹.)

En el real de Agramante
Que sobre Paris tenía,
Fuego ardiente de discordia
A mas andar se encendía,

Y en los mas robustos pechos
Que en toda la tierra había,
Furia y saña están soplando
Con la soberbia á porfía:
El rencor echa la leña,
Y la venganza lo atiza;
Suben tan alto las llamas
Que por los ojos salían;
Reyes y principes moros
Atajarlo no podían,
Porque el fiero Rodamonte
Mortalmente desafia
Al valiente Mandricardo
Sobre la cuestion antigua
De la linda Doralice
Que á los suyos quitó un dia;
Y Mandricardo á Rugero
Campal batalla pedía,
Sobre que el Aguila blanca
No ha de traer por divisa;
Y Rugero á Rodamonte
Con grande furor pedía
Que le vuelva su caballo,
Ó que á morir se aperciba.
También demanda batalla
A Mandricardo Marfisa,
Porque se alabó por armas
De ganarla por amiga.
Los unos piden el campo,
Los otros lo concedían;
Sobre quién será el primero
Nueva disputa se cria.
Nadie basta á concertarlos;
Mas un medio se escogía:
Que entren todos cuatro en suerte,
A ver quién y quién serían.
Luego los nombres de todos
De dos en dos se escribían,
Y de un cántaro sacados,
Salieron de aquesta guisa:
Mandricardo y Rodamonte
La primer suerte decían;
Mandricardo con Rugero
En la segunda leían;
Rugero con Rodamonte
La tercera prometía,
Y la cuarta y la postrera
Con Mandricardo y Marfisa.
Ya les hacen la estacada,
Y de gente se cubría.
Ferraguto y Sacripante
Con el rey de Argel se iban,
Y Gradaso y Falsiron
Con el rey de Tartaria.
Métenlos en sendas tiendas
Adonde armarse tenían.
Para los reyes y grandes
Un gran cadahalso se hacia,
Y las reinas y las damas
A verlo también salían;
Y la linda Doralice,
Por quien esta lid se hacia,
De verde con encarnado
Hermosamente vestía.
Ya que estaban aguardando
Que los guerreros saldrían,
En la tienda del rey tártaro
Se oyera una vocería;
Y es que armándole, Gradaso
La espada le conocía,
Que es la rica Durindana
Que tanto alabar oía,
Y por ganarla á Roldan
En Francia pasado había.
Que se la dé le demanda,
Ó que le deje la vida.
Mandricardo de ira lleno
Le responde que haría
Sobre ello con él batalla

Si Rodamonte quería,
Y si no, dice el soberbio,
A entrambos la manteria.
Rugero, que sabe el caso,
Que no quiere respondia,
Que si nueva lid pretende,
Primero la lid sería.
Gradaso la quiere luego,
Rugero la defendía:
Todos tres andan revueltos,
Crece la saña y la grita.
Llega Agramante á las voces,
Y en concordia los ponía,
Y hasta la lid primera,
Que la espada no se pida.
Ya que aquesto era acabado,
Se oyera gran vocería,
Que Sacripante las armas
A Rodamonte ponía,
Y mirando atentamente,
Su caballo conocía,
Frontino, aquel que Rugero
A Rodamonte pedía,
Y pide que se le vuelva
La batalla fenecida,
Que él se le quiere prestar
Por la amistad que tenían.
Rodamonte oyendo aquesto
Contra el cielo se volvía,
Y á Sacripante á batalla,
Y aun al mundo desafia.
Llega Agramante, y Gradaso,
Mandricardo y Ruger iban,
Y sabido todo el caso
En confusion les ponía.
Mas pretendiendo Agramante
Componer estas porfias,
Por la linda Doralice
Delante todos envía,
Y que á quien ella escogiere
De los dos que la querían,
Ese se quede con ella,
Y que el otro mas no pida.
El de Argel y el de Tartaria
Dicen que así lo querían,
Que el uno está confiado
Y el otro también confia.
Escogiera á Mandricardo,
Y Rodamonte se iba
Con la furia que va el toro
Que ha perdido la novilla.
Sacripante tras él parte,
Que su caballo quería.
Entre Rugero y Gradaso,
Echan suertes, cuál haría
Con Mandricardo batalla,
Y á Rugero le caía,
Con que la haga Rugero
Por lo que á los dos cumplía,
Y fué la mas brava y fuerte
Que visto jamas se había;
Donde mostrando Rugero
El gran valor que tenía,
Gradaso ganó la espada,
Perdió el tártaro la vida.

(Rodriguez, Romancero historiado.)

¹ Esta discordia del campo de Agramante, que la puso Ariosto en el Orlando furioso, la remedó y parodió Cervantes en el Quijote, cuando en la venta se disputaba sobre si la albarda de un asno era ó no rico jaez de caballo.

420.

DORALICE LLORA LA MUERTE DE MANDRICARDO.

(De Lucas Rodriguez¹.)

Llanto hacia Doralice
Sobre el cuerpo desangrado

De su muy querido esposo
Que estaba desfigurado.
Mira sus lumbres quebradas,
Su lindo color mudado:
Limpiándole está la sangre
Con un cendal delicado,
Y con ardientes suspiros
D'esta manera ha hablado:
—¿Mandricardo, amigo mio!
¿Como mueres mal logrado?
¿Que te valieron las armas
Que eran de Héctor el troyano?
¿Qué te valió el rico escudo
Que estaba tan encantado
Que te valió mi favor,
Ni el granadino caballo,
Que bastante decías que era
Para romper todo un bando?
¿Qué es de aquel brazo feroz,
Que con la rama de un árbol,
Fué tal, que sacarme pudo
De entre cien hombres en salvo?
Quitásteme á Rodamonte,
Y con él hiciste campo;
Mataste al fuerte Cervino,
Ganaste la espada á Orlando.
¿Qué es de aquel juramento,
En que me habias jurado,
Que habia yo de ser reina
De Tartaria, tu reinado?—
Así hablaba con él
Como si estuviera sano;
Mas es dar voces al aire,
Porque el moro desdichado
El alma habie despedido
Dejando el cuerpo finado:

(Rodriguez, Romancero historiado.)

¹ Del Orlando furioso.

421.

MUERTE DE AGRICAN.

(Anónimo¹.)

Roja de sangre la espuela
De la ijada del caballo;
Rojo el petral y la cincha,
Y el freno hecho pedazos;
Despedazado el escudo,
Y el fuerte peto acerado,
Y hecha sierra la espada,
Sin vigor ni fuerza el brazo;
Abierta media cabeza
De un golpe de espada bravo,
Que no pudo resistillo
El fuerte yelmo encantado,
Junto á una pequeña fuente
Recostado en un peñasco
Estaba el fuerte Agrican
Para volverse cristiano.
Compañía tiene á solas,
Quien le acompañó en el campo,
Cuando con armas iguales
De las suyas hizo estrago.
Allí le dió agua de fe
Aquella invencible mano,
Que nunca se vió vencida
Jamás de ningun contrario.
Venía la noche oscura,
Y el claro sol eclipsado,
Con agua y espesas nubes
Turbando los aires claros,
Y con temerosos truenos
En los valles resonando.
Cubrían la negra tierra
Relámpagos, piedra y rayos,
Cuando el ya cristiano Rey
El espíritu ha dejado,